

Dossier. “Las Elecciones en los Estados Unidos”



Luis René Fernández Tabío*

Política exterior y economía de los Estados Unidos después de 2012: ¿Nuevo patrón de intervención en el Tercer Mundo?

Introducción

Con mucha frecuencia, especialistas y analistas políticos de la realidad estadounidense buscan asociar a los sucesivos presidentes de ese país con determinadas políticas. Sin duda la figura del Presidente, el Comandante en Jefe de las fuerzas armadas más poderosas del mundo, tiene gran influencia dentro del sistema político estadounidense y ello varía de acuerdo a la correlación de fuerzas internas y externas, crisis, estancamiento o depresión económica, así como a las críticas y contradicciones heredadas de los períodos precedentes y las expectativas que los

distintos sectores de la clase dominante tengan sobre el futuro de ese país y el resto del mundo. ¿Dejaría Obama su sello particular a la política exterior en su segundo período? ¿Las condicionantes internas y externas le permitirán establecer su legado en esa esfera? ¿En futuros cursos de historia y política exterior de los Estados Unidos se presentarán clases o conferencias sobre la “Doctrina Obama”?

Existen momentos históricos marcados por los cambios en las tendencias políticas e ideológicas dominantes, ello ocurrió a finales de la década de 1979 con la “Revolución conservadora” encabezada por el gobierno de Ronald Reagan a partir de 1981, en que el grupo de los neoconservadores alcanzó un grado importante de influencia en la política exterior de los Estados Unidos. Los ocho años de la presidencia de George W. Bush fueron marcados por los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, la nueva concepción de seguridad y los numerosos desaciertos alentados por la influencia extremista de derecha, neoconservadora, implicó grandes costos humanos y materiales en intervenciones militares en el Medio Oriente y un deterioro de la imagen del gobierno estadounidense en el mundo. La “gran estrategia” fue la “guerra contra el terrorismo” y privilegiar los instrumentos militares dentro de la política exterior, cuyas mayores expresiones fueron las guerras e intervenciones en Afganistán e Iraq.

El año electoral 2008, con el agravamiento de la crisis financiera y económica en los Estados Unidos, todas sus secuelas y el descontento con la administración de W. Bush fue políticamente asociado al cambio. La primera victoria de Obama en estas contiendas creó grandes expectativas de transformación en la política exterior, que fueron acompañadas en el primer año por esperanzadoras declaraciones. Algunos analistas percibían factores de mutación más profundos y radicales hacia tendencias catalogadas como “liberales” dentro de los Estados Unidos, como las prevalecientes durante el período del Nuevo Trato, pero el curso ulterior estaría

* Investigador y Profesor Titular, Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana, Cuba. E-mail: lfernan@uh.cu

caracterizado más por la continuidad que por el cambio de política y en definitiva consistió en un ajuste de la política exterior, que la retrotraía a una visión más balanceada y realista en el empleo de los instrumentos, así como menos apegada al absolutismo ideológico y militarismo desenfrenado que caracterizó al período de George W. Bush en la presidencia.

Entre 2009 y 2012 se mantuvo la persistencia de las tendencias más conservadoras, intervencionistas y reaccionarias en la política exterior estadounidense en una mezcla o coctel de prescripciones liberales, realistas, conservadoras y hasta neoconservadoras, que trató de identificarse con la denominación de “política inteligente”, o una especie de fórmula intermedia entre el empleo de la fuerza y el denominado poder blando. Durante ese primer período se trató de buscar soluciones o alivios a los descalabros de George W. Bush, restablecer la imagen dañada del país internacionalmente, sobre todo por las torturas en sus cárceles militares y la necesidad de retirarse de las dos guerras en Iraq y Afganistán. Estos retos en la política exterior estadounidense tendrían que enfrentarse en medio de la mayor crisis económica y financiera de postguerra, cuyas severas implicaciones trascendieron incluso a sus principales aliados de Europa y Japón.

La política del llamado poder inteligente consistió en pequeños ajustes para casos específicos, inclinación al multilateralismo en otros, en medio de un discurso más moderado y ciertamente inteligente--sobre todo si se comparaba al imperante durante los ocho años de George W. Bush en la Casa Blanca. Si bien estos ajustes en la política exterior no fueron radicales, se pueden identificar rasgos novedosos que la han venido caracterizando y se espera deban consolidarse en el segundo período.

Teniendo como telón de fondo los anteriores elementos. ¿Qué puede esperarse de la política exterior del gobierno de los Estados Unidos hacia el llamado Tercer Mundo en el

período comprendido entre 2013 y 2016? ¿Se está configurando y afianzando un nuevo patrón de intervención?

Los presupuestos generales establecidos a partir de ciertas “regularidades” históricas, supondrían un mayor activismo del Presidente en política exterior en el segundo término. Sin embargo, esta previsión hay que tomarla con cautela y reanalizarla a la luz de las condiciones concretas actuales y las que cabría esperar en los próximos cuatro años. ¿Cuál fue el resultado de las elecciones y cómo quedó conformado el Congreso? Aunque se ha modificado, la mayoría republicana en la Cámara de Representantes augura una oposición semejante a la que se tenía hasta ahora. ¿Cuál es la situación interna que atraviesa los Estados Unidos después de tres años de anémica recuperación económica y amenaza con otro episodio de ese tipo para el 2013? ¿Cuáles son las prioridades de su política y qué margen de maniobra tiene el Presidente y otros componentes del gobierno en la formación y despliegue de la política exterior para introducir cambios sustantivos hacia determinadas áreas, países y temas concretos? ¿Cabe esperar ajustes, o modificaciones importantes? ¿Cuáles serían estas y a qué factores obedecerían? ¿Cuáles son los principales retos percibidos para la política exterior de los Estados Unidos y los cursos de respuesta más probables?

No se pretende aquí responder a todas esas preguntas en profundidad y detalle, ni abordar de ese modo las distintas regiones, países o temas donde la proyección externa unilateral de los Estados Unidos y de sus aliados tiene un impacto significativo. Ello requeriría un esfuerzo de mucho mayor alcance y extensión que desborda este breve artículo. Sirvan quizás estas preguntas para estimular la reflexión sobre el tema y enfocar posibles esfuerzos de indagación al respecto, así como contribuir a la comprensión de la complejidad del problema que deberán enfrentar los pueblos y países del llamado Tercer Mundo, en Asia, África y América Latina y el Caribe. Se busca ofrecer elementos generales en los que cabe enmarcar la política

exterior imperialista y sus tendencias en los próximos cuatro años; a la vez, se tratará de caracterizar el “esquema” de articulación de política exterior que va prevaleciendo en este contexto, con el propósito de repensar los márgenes y direcciones más probables de su proyección externa.

En la exposición que sigue se consideran sobre todo aquellos escenarios identificados por los estrategas y políticos estadounidenses como los principales retos y prioridades para su política exterior, así como reflexiones sobre experiencias recientes, que parecieran establecerse como patrones generales de la política exterior. Es decir, partiendo de estos y otros elementos, se presentan rasgos y tendencias generales, que probablemente caractericen la política exterior de los Estados Unidos hacia el “Tercer Mundo” en los próximos años.

Factores internos y externos de la política exterior

La debilidad actual de la economía estadounidense, el lento crecimiento, el abismo fiscal parcialmente resuelto entre los últimos minutos del 2012 y las primeras horas del 2013, la necesidad de ampliar el techo de la deuda del gobierno y otras contradicciones no solucionadas entre demócratas y republicanos en el Congreso, constituyen un asunto que no favorece la inversión de mucho capital político por parte de la administración Obama en política exterior. La administración demócrata debe concentrar mucha energía y tiempo en lidiar con asuntos cruciales como los problemas presupuestarios y las políticas económicas para alentar mayores ritmos de crecimiento, que no están resueltos y deben resurgir a lo largo de los próximos años.

Aunque no se aplicó el mecanismo automático previsto en la Ley de Control del presupuesto del 2011, el resultado alcanzado tiene de todos modos un efecto recesivo al aumentar impuestos a los sectores de mayores ingresos y disminuir gastos en

distintos programas del presupuesto. Reducir el déficit en un contexto de lenta recuperación es contrario al aumento del crecimiento económico en el corto plazo, lo que no permite excluir una nueva recesión para el 2013, o cuando menos, la continuidad en los bajos ritmos de crecimiento y relativamente altos niveles de desempleo, que han caracterizado a la economía hasta ahora y constituyen un problema político principal.

Ante tales circunstancias, la prioridad en la política interna y todo lo que atañe directamente a la economía en sus distintas aristas y expresiones – desempleo, aumento de las diferencias socioeconómicas internas, reducción de las capas medias, aumento de la pobreza sobre todo de las llamadas minorías y entre estas las de origen latinoamericano y caribeño-- ocupan un lugar principal, lo que constituyen obstáculos para desplegar una política exterior muy activa.

Tal afirmación no debe interpretarse desde el “Tercer Mundo” como un retraimiento general en la proyección externa de los Estados Unidos en toda la línea, ni mucho menos de su impacto global. No debe olvidarse que por razón del enorme tamaño de su economía, un porcentaje relativamente pequeño de su presupuesto dedicado a esta esfera, sumado a los recursos privados, el accionar de sus transnacionales y el empleo de todos sus instrumentos (económicos, políticos, diplomáticos, ideológicos, culturales), la política exterior de los Estados Unidos tiene enorme influencia en los países y regiones de destino en correspondencia a los grados de asimetrías existentes.

Desde la perspectiva interna, aunque el tema de la política exterior no fue un tema decisivo durante la contienda electoral, el resultado de estudios y encuestas durante las elecciones del 2012, confirieron mayor respaldo al tipo de política desplegada en este ámbito por Obama y los demócratas, que lo representado por el candidato republicano derrotado, Mitt Romney. Este resultado no es irrelevante y debe fortalecer la tendencia actual en la política de la administración Obama en la

misma medida que ha venido tomando en cuenta los enfoques conservadores más realistas de modo pragmático y balanceado. Ello se ha expresado en la incorporación de figuras conservadoras, e incluso proveniente del Partido Republicano, a cargos tan importantes para la política exterior y en materia de seguridad nacional como el Secretario de Defensa, en detrimento de las posiciones extremas, que han sido las expresadas por los republicanos influidos por las posturas más reaccionarias y neoconservadoras.

Un tema de política interna con significativas implicaciones para las relaciones exteriores de los Estados Unidos está vinculado a la reforma migratoria, o políticas en este terreno. Se trata de un tema sumamente espinoso, que fue dejado pendiente ante el desgaste de otras batallas priorizadas por la administración Obama durante el primer período, como la controversial reforma de salud. Sería muy positivo para las relaciones con países de América Latina y el Caribe, sobre todo para México, Centroamérica y el Caribe, pero también es un asunto complejo y sensible hacia el plano interno de los Estados Unidos, por razones políticas, económicas y hasta de identidad nacional.

No puede descartarse el avance de acciones en política migratoria durante este segundo período de Obama, en tanto los republicanos también necesitan de algún modo contemporizar con los latinos con las miras puestas en las elecciones de medio término en el 2014, dada su creciente significación demostrada en las elecciones del 2012. La reforma migratoria, si bien tendría trascendental implicación para las relaciones con los países grandes emisores de estos flujos, no constituye en sí misma un tema movilizado principalmente desde la política exterior. En todo caso, se introduciría por su relevancia doméstica, por la sensibilidad del asunto para el apoyo de un creciente número de votantes latinos y caribeños, lo que no necesariamente supone los hace coincidir con los intereses del “Tercer Mundo”.

Usualmente se piensa que los presidentes estadounidenses durante su segundo período en la Casa Blanca, tienen una proyección más activa en política exterior, en búsqueda del “legado” de su presidencia. Esta idea se justifica en parte también porque es el campo con mayores posibilidades de acción, considerando las limitaciones impuestas por el Congreso en otros asuntos y porque ya no está en juego el importante asunto de la reelección.

Sin embargo, las posibilidades de que la administración Obama pueda establecer ese sello de su gobierno y dejar una marca en la historia aunque no se puede descartar, tampoco está asegurada, pues enfrenta no solamente obstáculos políticos y socioeconómicos internos, sino que debe lidiar con complejas condiciones y difíciles retos en la arena internacional.

Los cambios en la correlación internacional de fuerzas por el ascenso de países considerados potencias emergentes, junto a la declinación hegemónica relativa de los Estados Unidos, expresada sobre todo en la esfera de la economía y a raíz de la última crisis económica y financiera (2007 – 2009) y su secuela 2009- 2012, influyen en el escenario internacional en que la política estadounidense debe actuar. A ello se puede agregar la crisis económica-financiera dentro de la Unión Europea, que ha llegado hasta poner en entredicho el futuro del euro, así como el ascenso de países como China, India, Brasil, Sudáfrica, sumados a Rusia, e incluso Irán en el Medio Oriente, junto a la formación y desarrollo de un nuevo regionalismo en América Latina, al margen de los Estados Unidos y Canadá, como claros signos de los nuevos tiempos, que de un modo u otro se oponen a la hegemonía norteamericana y retan el sistema de dominación en distintos grados.

No puede hablarse categóricamente del surgimiento de un nuevo orden, o del fin de la hegemonía estadounidense, a pesar de evidencias de su declinación relativa, ni mucho menos del fin liderazgo de los Estados

Unidos en la política mundial, pero sus enormes recursos y capacidades, militares, económicos, político-diplomáticos e ideológico-culturales y propagandísticos, se enfrentan a una realidad mucho más compleja y desafiante, poniéndose en evidencia sus límites. Ello parece inducir un tipo de orientación política, que sin ser aislacionista en el sentido tradicional, tiende a reducir su involucración internacional directa y unilateral a los casos críticos, o los desafíos considerados claves para su seguridad nacional e intereses económicos vitales. Así, se advierte una cierta consolidación del enfoque de la política exterior estadounidense que no ve aconsejable seguir involucrando a sus fuerzas militares en intervenciones convencionales, ante todos los conflictos y retos internacionales, y que más bien propone que se debe discriminar y actuar de modo más cauteloso.

A partir de ello se sugiere que los Estados Unidos deben apoyarse más en las fuerzas de los aliados locales y regionales, principalmente en las alianzas y los esfuerzos multilaterales para avanzar sus intereses y reservarse para intervenir directamente en los casos críticos, que verdaderamente ponen en juego intereses vitales norteamericanos.

Perspectivas generales de la política exterior

La división en la sociedad estadounidense, no solamente entre los ricos y pobres, sino al interior de la clase dominante, expresada en la pugna política ideológica que caracterizaron las elecciones del 2012 y se mantiene después de esa contienda política, no parece encontrar un apaciguamiento antes del 2014. Aunque puedan alcanzarse acuerdos parciales en algunos temas, no debe esperarse se realicen con facilidad, a menos se trate de temas trascendentales vinculados a la estabilidad y seguridad de los Estados Unidos, en los que la autoridad del Presidente es difícilmente retada.

Por lo tanto, la problemática económica seguirá absorbiendo una parte principal de los esfuerzos y prioridades del gobierno en los próximos cinco años, en que todavía no cabe esperar un alivio significativo a la situación presente. Sin embargo, con posterioridad al 2017 y sobre todo a partir del 2020 podría esperarse un mejoramiento de la economía estadounidense y su posición internacional, debido tanto al balance de los desequilibrios internos e internacionales y sobre todo a las previsiones sobre la autosuficiencia energética de los Estados Unidos y sus potencialidades de convertirse de nuevo en exportador neto de combustibles fósiles a partir de esa fecha.

Tales condiciones y la prioridad en los temas internos y sobre todo económicos sobre los asuntos de política exterior, reduce relativamente la atención y los recursos destinados a esta esfera, a la vez que se observa el interés de una menor y más “racional” participación en asuntos externos “no vitales”, debido a la necesidad de un empleo más eficiente de los escasos recursos de modo flexible, pragmático y realista.

Se ha llegado a esbozar un nuevo reordenamiento de la política exterior –de gran significación para el “Tercer Mundo”, que concentra su atención en lo que se consideran los principales retos, pero además se alienta la coordinación de política con otros aliados y dejar actuar a los agentes locales, las élites y grupos clasistas transnacionales dentro de cada país. Ello supone no solamente posponer la intervención militar directa, reducir sus costos humanos y materiales, sino una concentración de la atención y los recursos sobre los principales retos y oportunidades develadas de avanzar sus intereses en aquellas áreas o países donde se percibe mayor dinamismo y consistencia con los patrones estadounidenses. El empleo de otros instrumentos se fortalece, incluyendo el llamado poder blando y las llamadas intervenciones en conflictos de “baja intensidad”.

Como una perspectiva sintética de las direcciones fundamentales de la política exterior de los Estados Unidos hacia el “Tercer Mundo”, puede tomarse las prioridades presentadas al Congreso en el 2012 por el Departamento de Estado, las cuales estuvieron referidas a cinco objetivos que desde esta perspectiva mantienen su actualidad: 1ro. sostener las misiones militares en la “línea del frente”; 2do. el programa Asia –Pacífico; 3ro. apoyar el proceso de “transición Árabe”; y la cuarta y quinta: de carácter más general y referidas al empleo de diplomacia en apoyo a los intereses económicos (economicstatecraft) de los Estados Unidos y el enfoque sobre la defensa (diplomacy&defense), que se refiere a la asistencia con fines de seguridad, naturalmente subordinada a sus intereses.

La primera prioridad se refiere al proceso de repliegue y apoyo a las fuerzas militares de los Estados Unidos principalmente en los países ubicados en la “línea del frente”: Afganistán, Iraq y Pakistán, de modo que no se produzca un retroceso asociado a la retirada de los contingentes militares. Estas partidas de financiamiento, aunque presentan una reducción importante respecto a las etapas precedentes, son todavía muy importantes.

En este ámbito debe destacarse el propósito de la retirada de los efectivos militares en acciones combativas hasta donde sea posible, e ir otorgando mayor participación a los aliados locales. Un mayor enfoque multilateral se expresa en esta aproximación.

El segundo objetivo tiene un significado mayor en la visión perspectiva, estratégica, porque se refiere a los intereses económicos en el área considerada centro de expansión económica futura. Se define la región de Asia y Pacífico, entendida en un sentido amplio, que supone una nueva visión de la geografía, la política y la economía. No se trata solamente de Asia, sino aquella parte de América, que incluye a los Estados Unidos y Canadá, pero también a la subregión de América Latina con costas al Pacífico y en la

cual encuentran los más cercanos aliados políticos y económicos en el Hemisferio Occidental.

Esta segunda prioridad, como es definida en el citado documento, establece una modificación trascendental en la visión geo-económica y geopolítica del imperialismo, apoyado en las previsiones de lo que se espera sea cada vez más el centro de gravitación y el área de mayor dinamismo de la economía global y la política en el siglo XXI. No se trata de la visión “tradicional” de Asia y Pacífico, sino un agregado geo-económico y político de los principales ejes de la dinámica del crecimiento y desarrollo de la economía mundial desde la perspectiva estadounidense.

En realidad abarca Asia, Pacífico y la subregión de los países con costas al Pacífico dentro de América Latina, desde la India hasta América, donde se destacan México, Costa Rica, Panamá, Colombia, Perú y Chile, precisamente aquellos que tienen acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos e importantes relaciones económicas con Asia: lo que se ha dado en llamar Proyecto Transpacífico.

La tercera prioridad se refiere al apoyo económico, político y en materia de seguridad, en alianza con fuerzas locales y países de la región junto a otros aliados de la OTAN hacia los países en que se han desatado procesos dentro de la denominada “Primavera Árabe”, e incluye el Medio Oriente y Norte de África. Aunque los resultados han sido contradictorios, se identifica como un interés principal alentar “reformas económicas y políticas” consistentes con los intereses estadounidenses.

Es en este objetivo donde se expresan mejor lo que pudiera denominarse la política que viene caracterizando lo nuevo en las intervenciones dentro de la política exterior estadounidense. Apoyar a las fuerzas locales y regionales, en coordinación con los aliados, para dejar que actúen hasta lograr los objetivos propuestos, reservando la intervención militar directa solamente para las situaciones extremas o más graves,

interpretadas como retos a sus intereses fundamentales.

En el plano de la política económica externa, la diplomacia al servicio de la economía y la “diplomacia y la defensa” (cuarta y quinta prioridad) se expresará un pragmatismo y continuidad en el empleo de la construcción de espacios de libre comercio como instrumento principal de su política económica y respaldo a sus intereses, tanto de inversiones como de comercio en un estrecho vínculo con los enfoques de seguridad, donde se incluyen los tradicionales y aquellos vinculados al “terrorismo”, narcotráfico y el interés de emplearlos como un manto de intervención de “baja intensidad”, donde participan distintos programas de financiamiento con propósitos “económicos” y de “seguridad”.

Naturalmente acompañado del uso de sanciones, y el empleo de los programas de asistencia que entremezclan la “prosperidad” con la “seguridad” en todas sus expresiones, como se han presentado hasta el presente y se continuará su despliegue durante los próximos años. Es decir, programas para el “desarrollo y defensa”, ofrecen asistencia a países con graves situaciones de pobreza, enfermedades, hambre y cambio climático, que puedan dañar la “seguridad humana”, pero esa ayuda quedará siempre subordinada, condicionada, a cumplir con los objetivos e intereses tradicionales de la política exterior estadounidense.

Dada la necesidad de estimular la creación de empleos, en la política económica externa la firma de acuerdos de libre comercio con países del “Tercer Mundo” con proyectos políticos afines se mantendrá como aspecto principal. Decisiones de política económica agresiva para presionar la subida de tipo de cambio o sanciones a los que se considere realizan tratos desleales estarán en la orden del día, como podría orientarse para el caso de China. En el aspecto comercial se deben reforzar los procedimientos no arancelarios (algunos justificados por razones de “seguridad”), así como aplicar políticas de

incentivo fiscal a la producción interna y la exportación.

Desde la perspectiva estratégica de los Estados Unidos, aunque no aparezca abiertamente presentado como parte de su proyección hacia los países del “Tercer Mundo”, la problemática energética ocupa un lugar principal, de lo que no se excluye el mercado de biocombustibles, aspecto de significación en las relaciones con Brasil y con otros países tanto en Medio Oriente, Eurasia, África y América Latina y el Caribe.

En medio de un escenario económico en general sombrío por lo menos hasta el 2017 y en dependencia de la reforma energética y las decisiones sobre zonas para la explotación de los yacimientos propios, los resultados en este terreno podrían recomponer a más largo plazo la posición hegemónica de los Estados Unidos y la inserción en la matriz energética de todas las regiones, incluyendo a China y Europa.

La importancia del sostenimiento de la oferta de gas y petróleo procedentes de los yacimientos más cercanos de América Latina y el Caribe, como los del Medio Oriente y África, con independencia del destino geográfico de estos flujos, se relacionan con el nivel de los precios. La reducción relativa de los precios del combustible, o su relativa estabilidad respecto a la moneda estadounidense, constituye un aspecto estratégico y de gran significación para el funcionamiento de las finanzas y la economía mundial en general y de la estadounidenses en particular, en una situación de profundas secuelas de la crisis, aún sin solucionar totalmente.

Consideraciones finales

Las intervenciones encaminadas al “cambio de régimen” por la vía militar convencional directay unilateral se someterán a una evaluación más cuidadosa, tomando en cuenta la significación para los intereses de los Estados Unidos, los recursos involucrados

y el papel de los aliados. El caso de Iraq ha sido una lección en este sentido. El derrocamiento de Saddam Hussein y su régimen ha hecho evidente el fortalecimiento de la posición de Irán en el Medio Oriente al romperse el equilibrio regional que existía por la oposición entre Iraq e Irán y ello se considera un resultado en detrimento de los intereses de Israel y los Estados Unidos en la región. Los casos de Libia, donde la participación estadounidense fue articulada en los marcos de la OTAN, y sobre todo el caso de Siria, parecieran representar tanto los límites del accionar militar directo de los Estados Unidos en la actualidad, como los rasgos distintivos de lo que parece configurarse como un nuevo patrón de intervención.

En resumen, la política exterior de los Estados Unidos hacia el “Tercer Mundo” en el período 2013 - 2016 estará definida por una continuidad de lo apreciado hasta 2012, y el mayor desarrollo o definición de los rasgos que la misma ha presentado en los últimos dos años de su primera etapa en la presidencia. Las lecciones de este ejercicio hacen prever una política pragmática, con una combinación de todos los instrumentos y enfoques de política apegada al llamado poder inteligente, que vincula los intereses económicos y de seguridad, y no descarta el uso de la fuerza militar allí donde sea conveniente a sus intereses y las condiciones hayan madurado para reducir sus costos, pero no lo identifica como el único o principal instrumento.

La toma de decisión sobre el alcance de la involucración estadounidense en los próximos años considerará el balance entre la significación de sus intereses implicados y los riesgos asociados, tratando de conciliar los principios e intereses estratégicos con una involucración prudente y flexible en cada caso.

La política estadounidense descansará más en la intervención indirecta, con un ascenso en el empleo de la asistencia a las fuerzas locales y el apoyo a los elementos afines a sus intereses

económicos, políticos e ideológicos por regiones y países, con un esquema semejante al que se ha desplegado en el caso de la intervención de Siria, donde las fuerzas locales y los aliados regionales deben llevar el peso del conflicto. La intervención unilateral convencional militar directa de los Estados Unidos quedará a la espera de las condiciones propicias, allí donde se considere necesaria para lidiar con intereses vitales.

Distintos programas de asistencia a fuerzas locales y regionales en los marcos del Departamento de Estado, de la USAID y de la Fundación para la Democracia se mantendrán y reforzarán, según las condiciones específicas de los países de Asia, África y América Latina y el Caribe, siguiendo los patrones de intervención indirecta como ocurrió en el caso del golpe en Honduras. En países con gobiernos revolucionarios y progresistas, se seguirán desplegando los programas para debilitarlos, incrementar su vulnerabilidad y revertirlos con empleo de fuerzas internas y coordinación internacional, como se ha venido aplicando en los casos de Cuba, Venezuela y también de Bolivia y Ecuador, en que se privilegia el uso de intervención indirecta con participación de agentes locales y aliados extranjeros.

Estos ajustes en la política exterior se deben a las experiencias extraídas y todavía en proceso de doloroso aprendizaje derivados de las intervenciones militares en Afganistán y en Iraq y los conflictos “colaterales” con Paquistán por sus incursiones a ese país, los retos que se identifican con Irán, así como los cambios de régimen y resultados de los procesos de la llamada Primavera Árabe, que con frecuencia han establecido gobiernos que no representan convenientemente los intereses estadounidenses y sus valores políticos e ideológicos, o incluso modifican el balance regional de manera desfavorable para los Estados Unidos y sus principales aliados.

En el contexto de los próximos cuatro años no deben descartarse, aunque no puede tampoco pronosticarse, intentos de retomar algún tipo

de negociación con países emergentes y de gran importancia en el tablero de la geopolítica y de la economía global. En este grupo de situaciones conflictivas que podrían ser objeto de negociación bilateral o multilateral con participación de los Estados Unidos, siempre y cuando se considere existen beneficios económicos y políticos significativos para el gobierno estadounidense. Aunque no son los únicos casos posibles, como ejemplos podrían incluirse las discrepancias con China en el terreno económico comercial y político; el conflicto de Israel con Palestina, así como el asunto del uso de la energía nuclear con fines pacíficos de Irán.

BIBLIOGRAFÍA

- Baker, Dean (2006). Recession Looms for the U.S. Economy in 2007. Center for Economic and Policy Research. Washington DC.
- Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce (2012). US Economy at a Glance: Perspective from the BEA Accounts. March 30. <http://www.bea.gov/newsreleases/glance.htm>
- CEPAL, (2011). Inversiones extranjeras directa en América Latina y el Caribe, 2011. <http://www.eclac.org/noticias/paginas/8/33638/2011-283-IED-Presentaciones.pdf>
- Economic Report of the President (2011). Transmitted to the Congress February. United States Government Printing Office, Washington DC.
- Evans, Kelly (2009). "Economy Raises Tentative Hopes a Trough Is Finally in Sight", The Wall Street Journal, March 28, p. A2.
- Fukuyama, Francis (2008). "The Fall of American Inc." Newsweek, October 4.
- García Ruíz, Mercedes (2011): "Crisis financiera internacional: interpretaciones, lecciones relevantes e impacto global". De la economía internacional. Vol. 1 CIEI-Universidad de La Habana, Ed. CEDEM, La Habana.
- Krugman, Paul (2009). The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008. W.W. Norton & Company, New York /London.
- Bureau of Labor Statistics, US Department of Labor, March, (2012). The Employment Situation: Washington, DC. <http://www.bls.gov/news.release/pdf/empst.pdf>
- Serbin, Andrés; Laneydi Martínez y Haroldo Ramanzini Junior (2012). "Un regionalismo post-liberal en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos". Anuario de Integración regional de América Latina y el Gran Caribe, Número 9, CRIES, Buenos Aires.
- Stiglitz, Joseph E. (2012) The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future. W.W Norton & Company. New York, London.
- Tobin, James, (1983). "The Conservative Counter-Revolution in Economic Policy" The Journal of Economic Education, Vol. 14, No. 1 (Winter).
- Wallerstein, Immanuel (2005). La decadencia del poder estadounidense. LOL, Santiago. 265 pp.